

Los Contemporáneos

30^{cts}



Rosita Clara

por

JOSÉ TELLEZ MORENO

Núm. 813

30

PECHOS

DESARROLLO, BELLEZA y ENDURECIMIENTO EN DOS MESES con

PILDORAS CIRCASIANAS.

Dr. Brun. Inofensivas. Aprobado por eminencias médicas. 132 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 ptas. frasco. MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín; ZARA-GOZA, Jordán; VALENCIA, Cuesta; GRANADA, Ocaña; SAN SEBASTIAN, Elzaurdy, Tornero; MURCIA, Selquer; VIGO, Carrascal; MALLORCA, «Centro farmacéutico»; ALICANTE, Aznar; CORUÑA, Rep; SANTANDER, Sotorriolo; SEVILLA, Espinar; VALLADOLID, Llano; BILBAO, Barandiarán; HABANA, Sarrá; TRINIDAD, Bastida; PANAMA, «Farmacia Central»; CIENFUEGOS, «Cosmopolita»; CARACAS, Dabolin; QUITO, Ortiz; MANAGUA, Guerrero; BARRANQUILLA, Acosta-Madiedo; PUERTO RICO, J. Combas Pepork; MANILA, Juan Gaspar, Niendaza, 150.-Mandando 6'50 pesetas sellos a Pousarrex, Viladomat, 104, Apartado 481, BARCELONA, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito.

DESCONFIAD DE IMITACIONES



FABRICA DE CORBATAS

Camisas, guantes,
géneros de punto.

Elegancia, Surtido y Economía.

12, CAPELLANES, 12.

Precio fijo.

SOMBREROS

—: REFORMO :—

LIMPIO :—: TIÑO

Valverde, 3.

LOS CONTEMPORÁNEOS

Los precios de suscripción a esta Revista, para España, Portugal y América: 15 ptas. año y 7,50 ptas. semestre. Para los demás países de Europa, 25 pesetas año, y 12,50 semestre.



CREMA
Polar

Asepsia
de la
BOCA

para la limpieza y blancura de los dientes
Calma el dolor de muelas
Evita el sarro. Perfuma el aliento.
CORTÉS HERMANOS BARCELONA

DIRECTOR: MARIANO GRACIA

REDACTOR-JEFE: RODOLFO VIÑAS

CABEZA PARLANTE

Pepe Téllez no quiere hacer confesiones

Carta a Rodolfo Viñas



Querido Rodolfo: Eres un mal amigo. Me parece de una mala intención encantadora esta tu idea de hacer que los escritores te enviemos, junto con la novela, una autobiografía. Perversamente encantadora tu idea; pero... si hubieses hecho conmigo una excepción ¡Eres un mal amigo!

Te consta, que una autobiografía o auto-critica, sea de quien fuere, siempre que sea de un artista, es algo divertido; algo que ríe la gente, y que la ríe con más descaro y ganas mayores cuanto más serio sea lo que se diga de uno mismo. Es decir, que no nos creen, quizás porque jamás le confesamos un defecto; y si nos creen, se ríen de igual manera, porque todo el que lee, si lo que lee son cualidades con las que se engalana un ser extraño, se las apropia, diciendo para sí: «Vaya una novedad de sentimientos que se trae este tío!» Y es que, sencillamente, nadie se cree inferior.

¿Con razón?... ¿A qué engañarte? Yo creo que sí...

Para decirte todo esto, con la firmeza y precisión que te lo estoy contando, hice hace

días mis experiencias. Tengo en mi vecindad (no creas que te voy con un *chisme*) un zapatero, remendón y todo, que es adoquín y medio respecto a inteligencia. Tan es así que, a su lado, noto, como por arte de encantamiento, que soy un hombre extraordinario, *subyugadoramente excepcional*.

Pues bien, mi vecino, que—dicho sea de paso, aunque es innecesario—canta o habla y las personas se suben a la acera, tiene—¡asómbtrate galán!—idénticos gustos íntimos que tengo yo. Claro es, que no sabrá sentirlos sutilmente; pero los tiene el gran... diablo. Me lo ha jurado el hombre.

Pensando días atrás, gracias a tu idea de que le cuente al público, sin recurrir a la comodidad de que lo escriba un camarada, reflejos de mi vida; pensando digo, en que es obligación de todo artista, al hablar de sí mismo, manifestar uno o más gustos delicados y, sobre todo originales, puesto que hay un patrón cortado para las autocriticas, decidí consultar con mi vecino la que tenía escrita de mí dispuesta a ir a tus manos.

Naturalmente, con el afán asaz humano y



ordinario de parecer un corazón delicadísimo penetrante, sagaz, gentil y generoso—no opo- nía en mi autocrítica la menor sombra ingrata. Y, claro es, no hablaba de otra cosa que de mis gustos, todos graciosamente luminosos. Pero—¡qué insensatez!—me quise convencer e hice la prueba que refiero.

—Oiga, maestro—le dije a mi vecino—yo soy, indudablemente, un ser maravilloso. Usted no ignora que soy artista; cosa nada común. En cambio, ignora usted lo sorprendente: mis gustos, los que me vibran en el alma, embelleciéndome la vida. Escuche... (Efectivamente, mi vecino escuchaba, escuchaba bo- quiabierto, atento y sorprendido). Escuche— dije y proseguí—, mis gustos son exclusiva- mente míos. A mí me gustan todas las cosas imposibles.

Ejemplos. Cuando me cae un duro en las manos, me gustaría, si estoy necesitado, que se multiplicase por propia voluntad; cuando me aqueja mal alguno, me gustaría, que en vez de molestarme se fuese a molestar a un enemigo mío; cuando trabajo y otro se lleva el lucro, grande o pequeño, de mi labor, me

gustaría no ser el mismo y ser el otro; cuando veo una mujer, dos o diez, me gustaría que fuesen más sin ofender a nadie...

Mi querido Rodolfo, no me fué posible con- tinuar, porque el mostrenco de mi vecino; después de interrumpirme con una carcajada *trepidante* me expeté esta rociada, que truncó de raíz mis ilusiones:

—Hombre de Dios, *to* eso que dice usted me gusta a mí y a un chivo.

No quieras conocer la impresión que me hizo. Te digo, sin embargo, de que me con- venció de una verdad harto sabida, pero que no hay quien la recuerde: de que las autocrí- ticas no apartan nunca a nadie, porque, quan- to mejor sea la substancia de su originalidad, más son los ánimos ajenos que sienten como propia y corriente esa creencia galana de uno solo. Y, es lógico, se rien de uno graciosa- mente.

Ahora, que de mí..., ni aún pidiéndolo tú, que mandas y obedezco de cabeza. Confór- mate, por hoy, con un abrazo.

J. Téllez Moreno.

* * *

Pepe Téllez, escritor y novelista andaluz, ha triunfado en Madrid. Su triunfo se lo debe a él mismo, a su talento y a su trabajo. Tiene su obra literaria la emoción honda y única de Andalucía, de la Andalucía artista e intelectual que se ha redimido de prejuicios, sentimientos atávicos y lugares comunes, y se ha incorporado al mundo. Pepe Téllez es de la juventud que estudia, piensa y triunfa.

Cuando abandonó el lugar provinciano, su tierra almeriense, glorioso pámpa- no otoñal adornado con las perlas de su mar en calma y las espumas de sus olas festoneadas de blanco y azul, trajo en su alma los vésperos y luminarias y los nocturnos brujos y musicales.

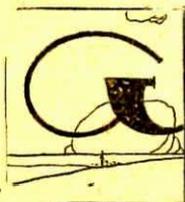
Pepe Téllez, todo corazón y bondad, forma en la vanguardia intelectual y luchadora. Como otros jóvenes andaluces, ha sabido interpretar el sentido de la Andalucía que ha despertado y se impone con trazos vigorosos y magníficos. El joven y admirable escritor realiza una labor profunda en el periodismo y la literatura. En el *Heraldo de Madrid*, Pepe Téllez, notabilísimo periodista, va dejando, cada día, las huellas de su laboriosidad, ingenio y maestría.

La personalidad de Pepe Téllez Moreno está bien definida: escritor y pe- riodista de grandes y positivos méritos; escritor que dice siempre la verdad, porque su cultura e independencia intelectual le han hecho escalar el eleva- dísimo observatorio desde donde se contempla serena y noblemente la lucha por la vida.

Escritores del temple y la cultura espiritual de Pepe Téllez son los que van formando la conciencia y la moral de las nuevas generaciones hacia la depuración de una estética y una moral digna y hermosa.

ROSITA CLARA

I



BANDONÓ su asiento
—un tosco taburete—Manolito el *Pintura* y, vivo como una exhalación, se metió en la taberna. Por el respingo y espavientos con que

tomó carrera, adivinaron sus camaradas que huía a esconderse.

Cuando dió la espantada, estrelló contra el suelo un *medio* de Albuñol, cuya rojez sabrosa paladeaba con deleite. Grave o sin importancia la cuestión, los amigos rieron. Y aún reían, locuazmente contentos cuando se oyó un saludo, unas sencillas “buenas tardes” que interrumpió la risa. Lo merecía la cosa...

Aquellos hombres, al reparar en la persona que, sin pararse, les había saludado, enmudecieron gustosamente, felices en el alma. Se hicieron ojos, húmedos y anhelantes, para mirar con ansia, para seguir con las miradas, paso tras paso, la figura preciosa, menuda y zalamera, que, calle arriba, con andar breve y firme, se les iba. En un tris olvidaron al *Pinturas*. Quedaron lelos. Y es que—no es por hablar—Dios las envía de una vez. Enterado el Buen Hombre de que nos

gustan deliciosas, por alegrarnos, se pasa de la raya.

He aquí a los camaradas del *Pintura*, todavía en silencio, mascullando piropos y haciéndose ilusiones, sin que ninguno vea ya a la seductora. Esta había ya traspuesto, torciendo en un recodo de la calle. Casi a la par, es que escondióse, emocionado y sigiloso, asomó la cabeza, miró hacia arriba, palmoteó con júbilo y se agregó de nuevo a los amigos. Estos, al verle, le llamaron “malage”.

—¡Bah! ¡Una “ruea”, niño!

El tabernero, a poco, solícito y ligero, acudió con la *ruea*: con seis *medios* de vino, sus *tapaderas* de jamón correspondientes, y sobre el lomo de cada una un *medio par*: el palillo clavado. Correspondía el número de raciones al de bocas reunidas... Todos los días, al caer de la tarde, se daban cita en el mismo sitio: en la taberna llamada “El Cielo”. No había en todo el barrio otra mejor provista, ni mejor situada. Sobre todo, del vino se hacían mil elogios. El propio tabernero, hombre que sólo hablaba cuando pedía la cuenta, ruborizándose decía:

—Mi vino nunca tié sé...

Fuése por ello, o por que “El Cielo”

tenía muy buena estrella, el caso es que vendía. Siempre tenía bebedores. Mas, a la puerta, atardeciendo, los mismos clientes todos los días: el *Pintura* y los suyos. No había servicio para la calle; pero el *Pintura* y sus amigos eran una excepción: para ellos le había. Se colocaban una mesita, con los indispensables taburetes, y en derredor de ella, bebiendo sin escrúpulo, les daban muerte al tiempo. Todos alegres, en compañía del vino, se divertían a su manera. Si pasaban *bonitas* las requebraban; de las feas se reían... Y la risa mayor era invitar a alguien. Siempre decían lo mismo: "siéntese y tome er fresco..." Les hacía mucha gracia, porque el tomar el fresco consistía en acabar *bebíos*. Ellos, al menos, nunca acababan de otra forma. Sin convenirlo, el concluir un poco atolondrados lo hacían compromiso de hombres serios.

Sólo el *Pintura*, y otro—el mayor de todos—eran vecinos de calles próximas. El *Pintura*, no obstante, era el más criticado. No le querían... De pequeño—pues crióse en el barrio—tuvo las simpatías de cuantos le trataron.

Era ingenioso y vivaracho, franco, y dueño de un empaque gallanamente airoso. Moreno y fino, parecía un cañí de pintura graciosa. Sus dichos seducían. Sonriendo agradaba. Nada se le oponía si lo imploraba con los ojos... Era, pues, un chiquillo fascinador.

Pero, mozuelo ya, su presunción se hizo tan vanidosa, tan jaquetona y desabrida, que inspiraba desdén, si no desprecio. En realidad, le aumentó la apostura, pero tocada ya de chulería. Sus correcciones naturales y su grata presencia, a fuerza de jactancia bravucona, o producían risa, o producían asco. Hasta el andar airoso había perdido, por la preocupación de ir siempre rígido, tieso como un macero. No admitía una arruga ni en las corvas. También había escondido la sonrisa. Nadie veíale dicharachero. La seriedad bufada, la seriedad del

pavo, al parecer, era la quintaesencia, el alma y los redanos de lo majo. Nuestro lindo *Pintura*, por tanto se temía, que le hablaba de *tu* a los mismísimos reyes de la sierra: a los cacaroles. Daba gusto escucharlo, con uno entre los dedos, cuando tenía *dos copas*.

Entre sus camaradas, o compañeros de fatigas, era expansivo y jacarero. Cuando le convenía, lo era también al lado de la novia. Pero, con nadie más; ni con la dulce vieja, única madre o gloria que tenía por familia. A esta —le hacía, si—consumirla a disgustos. Se lo exigía todo violentamente, con fatuidad grosera—ropa atildada y buena comida—; pero la paga, que había de darle todo, cuando iba a la madre, de quincena en quincena, llegaba anémica, insuficiente, reducida. Y es que el *Pintura*—apodo que le vino, tanto por el oficio como por su arrogancia de flamenco—era un perfecto jaque, un fanfarrón amante de sí mismo.

Este fué el mozo espléndido que, al volver a su grupo, pidió, con alborozo, una *ruea* de vino. Había pasado *er coco*, sin que lograrse verle. Y *er coco*, para él, era la hembra preciosa, más gentil que un obsequio, que había saludado momentos antes. Dijo el *Pintura*, como quien dice algo agradable, que llevaba tres días sin visitarla. Y tuvo que insistir, con el sombrero bien calado y los ojos quemantes, para que los amigos le creyesen. No concebía ninguno que la noticia fuese cierta.

—Con una novia así—dijo un garboso de la reunión, más chato que un billete—chinela de sus pies, pa irla mirando siempre. ¡Si na más que se anda arde hasta er frío!

Rieron todos. Por la ocurrencia, "para mojarla cristianamente", hicieron que sirviesen otra *ruea*. Mas antes de beberla, le amargaron su parte al más guapo de todos. De labios del *Coleta* —uno de los reunidos, y el único ve-

cino del *Pintura*—éste oyó la advertencia... Era este nuevo tipo—más que bravo, infeliz—un hombre ya maduro. Nadie le había visto trabajar. Ni se le conocía oficio alguno. Pero él comía, aunque muy frugalmente. Su mujer, con la aguja, ganaba lo preciso. Cuando más, porque la propia esposa se lo proporcionaba, se le veía uniformado: le hacían guardia municipal. Nunca, con tal empleo, cobró un segundo mes. “¡Era humillante...!” Nos lo vestían con galones; y tampoco. “¡Le tomaban a chunga...!” Y es que—expresaba él—*pa autoridá, como pa artista, hay que nasé*. A él, precisamente, le trajeron al mundo para artista: *pa astro*. Tenía sangre torera. Y lo venía probando, desde niño (¡precocidades que envía la Providencia!), enseñando una trenza. Era su ejecutoria. Torear, toreaba en el plato. Pero era cosa santa la coleta, y ni en ropa de guardia la escondía. “¡La de rufo que ha de dar...!” A su testimonio por la coleta le debía el apodo. Algún ruido, pues, había dado la pobre... Y este bravo peludo fué el que d’ijo:

—Oye, Manolo, no te fies de la niña.

Una mancha en la ropa no pone a Manolito tan furioso. “¿Que no podía fiarse...!” Explicación al canto, o hacía con el *Coleta* un estropicio... Negros se vieron los amigos, para que no se descosiese una solapa. La retorcía, con tirones violentos, mientras que en las pupilas le brillaba el deseo de hacer una *ensalada*. “¡Que no podía fiarse...?” Para mentar, para pensar siquiera en su chiquilla había que descubrirse. “Era una reina, que escupía y hacía vino de su grillo...” En fin, que el propio infeliz *Coleta*, suplicante y meloso, sudó betún en líquido para ver de aplacarle. “No había querido molestar. Se quiso referir, más que a su niña, a los propios descuidos del *Pintura*.”

—Manolo, si es que te portas como un perro.

—Eso se pué armití—dijo el perdonavidas, sentándose y bebiendo.

Se apaciguaron los leones... El tabernero, que, algo asustado, había acudido, se encargó de espantar a unos cuantos muchachos de poca edad. Acercáronse éstos, con el curioso instinto lleno de guasa que les caracteriza, deseando la gresca. Y se diseminaron, iracundos, por la desilusión que habían sufrido. En realidad, a nadie le complace un desengaño... “¡Cuidao con los blancotes!...”

—Trae vino, niño—dijo, limpiándose el sudor, el majo coletudo. Se lo creía ganado...

Ya tranquilo, con la solapa en paz, el *Pintura* le halló algo de razón a las palabras del *Coleta*. “Era evidente que cumplía como un perro con su novia. Pero, no le importaba: la quería como a Dios, y ella correspondía ciguecita. Habían *nacío pa eso: pa quererse*.”

—Nos camelamos—siguió diciendo—, que bebe agua eya, o bebo vino yo, y nos creemos que nos bebemos nosotros mismos... No temo na. Si me he escondío ar verla, es porque er vino la marea si me ve que lo bebo. Un caprichiyo suyo, y otro mío... Pero vale un tesoro.

—Por lo mismo no orvies—objetó nuevamente el de la trenza—que la persigue *Paco Trueno*.

—¡Qué asquito! Er día que lo mire va a cruji.

—Vista, Manolo—dijo otro camarada—, que *Trueno* asusta. Ya lo oiste antiyé, que decía en ca er *Pelao*: “no ví a comer a gusto hasta que no me frían un *bonito*.”

—¡Bah! Como le escupa yo, se ahoga.

Emocionado, inquietante, el *Coleta* indicó que subía la calle... Todos miraron. *Paco Trueno* subía. En la reunión, sin que ninguno lo propusiese, se hizo un silencio embarazoso. Hubiérase creído, que la flema y las trazas del que, recalcando los pasos y

derrochando rumbo, ascendía calle arriba, eran algo terrible para los jaques pintureros que bebían. Sólo el *Pintura*, nervioso y cejijunto, le parecía retar íntimamente..., pero con las miradas en el cielo, *Trueno*, entretanto se aproximaba. Vuelto de espalda el jaquetón, no le veía acercarse. Pero al tenerle junto, le conoció por las pisadas. Como quien no le da importancia a algo que hace, y sin volver la cara, el *Pintura* arrojó el vino de su vaso a los pies del rumboso. Se estremecieron los demás. *Trueno*, instantáneamente paróse en seco y, con la diestra en la cintura, se dirigió a los bravos flemático y sereno:

—Si ha sío un convite, que lo repita er guapo...

Había perdido el habla hasta el *morapio*. Nadie le contestó, ni hubo unos ojos distraídos que le mirasen.

El *Pintura*, con la cabeza gacha y el rostro de un pasmado, parecía, simplemente, un pobre arrepentido... *Trueno*, cansado de esperar, escupió a la reunión. Y más jacarandoso que una jaca orgullosa, casi *piafando*, siguió su calle arriba. Rato después, para que todos se riesen, dijo el *Coleta* seriamente:

—¡Se ha ío er valiente cuando iba yo a mecharlo!

II

No parece una calle. Más bien parece la pintoresca calle de la Virgen del Carmen el pasadizo alegre de un caserío risueño. Tendrá veinte puertas, o unos treinta vecinos, en dos hileras. Todos se tratan íntimamente. Son, pues, veinte familias que forman una. Se hablan, se dan, se prestan...; se ayudan todos..., y riñen todos cuando es preciso. Pero jamás para romper de malos modos. Entre esta gente humilde existe, por instinto, la bondadosa sencillez de la armonía. No poseen intereses, y no son egoístas. Se protegen y se estiman sin doblez en el alma.

Como la calle ésta del Carmen, corta y estrecha, en paz constante—pues

rara vez la aturde tránsito alguno escandaloso—, hay a la vera suya otras cuantas más, paralelas unas y en corte otras. Todas de planta baja, todas con rejas, todas limpias y gayas, pero ninguna con los encantos que la del Carmen. Esta está situada de Norte a Sur, y acaba al Norte, desembocando en la calle ancha que hay en el barrio, un barrio extenso, contento de su vida, en el que viven, sin discrepancias, almas de clase pobre y de clase media. En la calle del Carmen no hay clase media alguna. Sus vecinos, no obstante, son los más ricos. Tienen por calle un rincón de gloria. Frente por frente a ella, al Norte, hay un jardín magnífico; el único del

barrio. Y esto llena la calle, hora tras hora, de aromas deliciosos. No se muere un cristiano.

Hay, además, de reja en reja, macetas rozagantes. La calle está vestida a todas horas de novia coquetuela, limpia y oliendo a cielo. Pero la calle tiene un mayor hechizo: que hay, entre todas, sólo una casa sin mocitas. Ésta es la casa del *Pintura*, también alegre, también con flores, por los cuidados de la vieja. En las restantes, la virgen de la calle ha puesto otras. Una o dos por vivienda. Y— ¡válganos el Cielo!—, la peor, encandilá. A Pepa Lirio, que no puede decírsela que es fea porque sus pies sean grandes y sea un poquito chata, se la nombra en el barrio—no en la calle— *la fea del Carmen*. Y da gusto mirarla. Pero es que sus amigas y vecinas nos visten de flamenco con un guiño al inglés más pasmado. Dios las reunió para que existan los delirios.

Por entonces se hablaba, de puerta en puerta y constantemente, de la reina Rosita. Ésta tenía ocupada la atención de todos sus vecinos, jóvenes y *de edad*. Era, en el barrio, sobre todo en su calle, la nota viva, sobresaliente. Y no es que Rosa Clara, con la soberanía de sus encantos, fuese la más perfecta, cosa que siempre atrae. Se parecía a casi todas, porque en la calle había deidades para varios museos. Sí tenía, sin embargo, Rosita Clara, cierta pureza viva, cierto aire gitano, que no tenían las otras. Pero todas reunidas no podría encontrarse. Ante un conjunto exacto, fascinador de suyo, los detalles se pierden.

La más gitana era morena y menudita. Su moreno cobrizo no parecía cosa humana; tenía una palidez tan asombrosa, tan extraña, que se creía antinatural. Hay carnes endiabladas, carnes que son crueles por exceso de hechizos, y las de Rosa Clara eran así. Eran luego sus ojos rasgados, sin timidez vibrantes, de un

negro intenso tan absoluto que producían escalofríos ganando ansias... Y retrechera y jaranera toda ella. La bulliciosa coquetería de una virtud con ángel le rebrincaba en todo el cuerpo. Risueña y expansiva, con la energía de un corazón que es tirano inflexible para imponerse sus deseos... Se vestía con majeza, con la majeza femenina de un espíritu alegre, leal y apasionado. Y esta flamenquería, sobria y encantadora, la ponía en sus gestos, en sus palabras, en su empaque, en cuanto era. Y era lo que quería: una gitana rara, una gitana peregrina, en la que los gitanos nada habían puesto. Ella, por cuenta propia, por su gusto y belleza, quiso y supo escoger la raza seductora de los tipos rumbosos. La embriagaba lo majo, y habíalo convertido en reino suyo. Cuando salía a la calle, como reina que era, sólo encontraba esclavos. Era así Rosa Clara.

Con sobrada razón los camaradas del *Pintura*, cuando la oyeron saludar, se quedaron pasmados... Ella, a la par, sintió una rabia honda. No vió entre aquellos *curdas* al *Pintura*, a su guapo Manolo. Conociendo los sitios a que éste iba, o los que ella creía que visitaba, los había revisado. Se había dejado ver ante varias tabernas discretamente, no demostrando que lo hacía con el propósito de verle. De habérselo encontrado—único objeto que llevaba—, nunca le hubiese dicho la verdad. Intimamente se repudiaba el hacer lo que hizo.—“¡Digo, qué diría la gente si lo supiera!...”—Pero lo hizo así, atormentada, desesperada.—“¡Tres días seguís sin verlo! ¡Virgen mía!, ¿dónde está?...—Porque tampoco había vuelto, en esos días de infierno, a su propia vivienda.—“¡Pobre Manolo mío!”—La tenía acostumbrada a la informalidad, pues le faltaba muchas noches a la cita; pero jamás faltóle más de un día. Hoy le faltaba; mañana, no..., y así iban tirando. Tenían sus gres-

cas; pero la conclusión los acercaba en el cariño. Además, las noches que le faltaba, si no volvía tarde a recogerse, con esto de vivir casi puerta con puerta, desde su reja, y escondida, Rosita le veía. Siempre llegaba tambaleante, sin exageración; "pero llegaba"... Le veía recogerse, le veía vivo y sano... Por entonces, en cambio, eran tres días sin saber qué era de su Manolo.—"¡Dios mío, me lo han matao!..."

Se afianzó en esta idea una vez que pasó la última taberna. Yendo la calle arriba, quiso retroceder y preguntarle, por lo menos, al conocido suyo, al vecino *Colcta*. Sencillamente, no se atrevió por miedo a conocer lo que temía de veras. En su imaginación desenfrenada veía muerto a Manolo. Pero quería, deseaba engañarse.—"¡Que no se le dijeran!..." Su paso breve y firme se hizo torpe. Sus ojos, siempre altivos, temblorosos y húmedos se hundieron en la tierra. Toda su gentileza jaranera era, andando aturdida, un raro aplanamiento de emociones. Creía sin querer. Se negaba a creer. No la quería muy bien su fantasía, que la martirizaba con cien tormentos. Luchaba por vencerla, por vencerse a sí mismo, para pensar más dulcemente; pero era menos fuerte que su imaginación. E iba, en esta pelea, que inspiraba piedad. Ciertos hombres la vieron, y se quedaron con el piropo en el corazón.

Al entrar en su calle, en el comedío de la cual tenía su casita, hizo un supremo esfuerzo para poner en su semblante la animación gloriosa de una sonrisa. Ya estaba entre los suyos, entre todas las almas de la calle del Carmen. No había, por entonces, entre la vecindad quien sufriese por nada. Se vivía en la calle dichosamente. Y era sabido que el luto era de todos si alguien sufría un percance. Rosa, por tanto, como sabía que hacían otras, escondía su pesar, le reservaba para ella. "En la calle, alegría." Son-

rió, saludó y bromeó. La quisieron parar algunas amiguitas.—"Me esperan, hija; me esperan..."—Y era como decía: la esperaban. Fué lo primero que al entrar en la calle vieron sus ojos: al que aguardaba. Y ella, con aceleramiento y vivo afán, iba hacia él, zalamera y alegre. Aquel otro cariño, comparable al del novio, le hacía olvidar un poco lo que sufría. Al llegar junto a él, que sonreía dichoso, le colocó las manos en sus hombros y se besaron.

—¿Has esperao mucho?

—No. Abre la puerta, que ya voy yo pa dentro.

—Oye, que está la cena hecha.

—Mejó. Un hambre traigo, que voy a comerte a ti.

—¡Jesú! Comía tan sosa...

Reidora y dicharachera, entró en su casa. Miguel, hermano suyo, quedó en la calle, con la persona que dialogaba cuando asomó Rosita. También, como su hermana, delante de ésta, se vio obligado a disimular... Por nada ni por nadie hubiese entristecido a su Rosita. No tenía otro cariño ni otro consuelo. Huérfanos los hermanos, vivían solos, el uno para el otro. Y eran felices profundamente, porque a cual de los dos hacía mejores cosas, se portaba mejor. Ella, sabiéndolo ganar, no trabajaba en nada; sólo en tener su casa que parecía una jaula rica, y en cuidar de su hermano y en cuidarse de sí. Era un princesita, porque lo deseaba su Miguel. Para éste era aquello— el tener a su Rosa contenta de la vida—su principal y único delirio. Joven y ebrio de todo, de honradez y salud, no había pensado todavía en unirse a nadie, para querer más llenamente a su princesa. Se sabía, sin embargo, que adoraba—aunque en secreto, porque ni oír quería de ello—a una nena vecina, tan salada y reguapa como Rosa. Era, precisamente, la hija única del *Colcta*, una costurerilla, ayuda de su madre, que le quitaba a Jesús los clavos...

Casi a la par que Rosa entró en su casa, la adoración secreta de su Miguel dejó asomar los ojos en la reja y, sonriente y dulce, saludó. Fué contestada por el muchacho; mas éste, conturbado, dolido, no la volvió a mirar. Lo absorbía demasiado lo que Juana *Corteza*, mujer con quien hablaba cuando llegó Rosita, le decía. La *Corteza* le hablaba, creída en que le daba una gran noticia, para que se alegrase, como se habían alegrado los vecinos. Miguel, en cambio, si no aclaró su rabia, demostró, por lo menos, contrariedad, y discutiendo con la *Corteza* si era o no conveniente lo que ocurría, siguió un buen rato. Dos o tres veces, para la cena, fué requerido por Rosita, sin que ésta consiguiese hacerle entrar. Sabía Miguel de sobra que, aunque tardase, no pensaría su hermana nada malo. La que lo entretenía tenía fama ganada de chismosa, de noticiera extravagante, sin que nunca enredase para perjudicar. Era, en la calle, la que más divertía.

Nunca estaba en su casa. Leía, al levantarse, algún diario local; leíalo todo, lo recogía en su memoria a gusto suyo y se lanzaba a visitar, casa por casa, toda la vecindad. Todos, pues, se enteraban, y ninguno lo mismo, de de cuanto sucedía, o creía la *Corteza* que sucedía en el mundo. Así esta gran señora, fea por lo sucia que iba, a cuya condición le debía el apodo, se pasaba la vida. Gracias a su muchacha — la Pepa Lirio — había paz en su hogar... Miguel, por tanto, charlando con la *Corteza* no temía que su hermana sospechase. Pero ésta, al fin, sería como una madre, se asomó y dijo:

—Don Chato Feo, ¿y el hambre que traías?

—Tíés razón, mi princesita. Vamos, que voy a comerte.

Ligero como el viento entró en su casa. Su ligereza, a la par que agrandar, quiso huir de un horror. Y es que había visto entrar en la calle del Carmen a Paco *Trueno*...

III

No hay amor sin embustes... Entendiéndolo así Manolito el *Pintura*, le mentía a su chiquilla siempre que lo estimaba conveniente: un puñado de veces en una hora... El sería lo que fuese, pero quería a su Rosa. Y como ésta, apasionada madrecita, le reñía que bebiese, le reñía las faltas, le reñía el orgullo..., cuanto de malo le

veía, él, pícaro y socarrón, para ver de alegrarla, enjaretaba cien embustes en un decir amén. "No debía por beber...; bebía por compromiso... Sufría él más que ella con sus faltas; pero sus faltas obedecían a compromisos... No era orgulloso; era formal..." Compromisos de hombres cuantas cosa hacía. Para justificarse,

siempre tenía escenas que contar, en las cuales Manolo, metido en ellas "por compromiso", era el único bueno. Y el amor de las hembras, si es sincero y profundo, es tan creyente, que le dan a tragar veneno puro, y se lo traga satisfecho. Le parece Jerez...

El *Pintura*, además, como él mismo decía, tenía una muleta soberana. Trasteaba a la novia mejor que se trastea sin un toro delante. Era arrojado y oportuno, ceñido y pinturero. Hipnotizaba... Después de alguna falta, siempre que presentía algún bravío arranque de su novia, lo esperaba, lo recibía con arrogante serenidad. Dejaba al descubierto la figura. Y cuando se sentía en el corazón la rozadura aguda del asta, dibujaba un recorte finísimo, valiente, que embobaba a la res. Cuatro plantes rumbosos, pocas palabras dulces, un mirar encendido..., y la res convertida: se hace la fiera turrón de besos. Ya lo decía Rosita: "Mi Manolo me atonta..."

Bien entrada la noche—el día que fué en su busca, ella, puesta en su reja, vio a su *Pintura* entrar en la calle. Dió un brinco vivo de regocijo. Pero instantáneamente rectificó, no caprichosamente, sino en el fondo de su alma. Palideció de ira. Pensaba, antes de verle, en su temor sin fundamento: en si le habían matado. Y no le fué posible reprimir su emoción de alegría al verle vivo y sano. Mas recordando al pronto que hacía su aparición, como ella dijo, "ar tersé día, igual que er que se ahoga...", sintióse dolorida e indignada. "¡Es que no la quería!" Y con tamaño pensamiento habló su corazón: "¿Por qué no lo han matao?" Antes que la olvidase quería verle muerto. Congestionada, inquieta, con los ojos en lumbre, no lo perdía de vista. Con sus ansias secretas, palpitantes, rabiosas, decía insistentemente: "¡Aligera! ¡Aligera!..."

No oía el *Pintura* este lenguaje. Seguía calle adelante igual que entró: lento, tranquilo, dándole a sus *hechu-*

ras el pavoneo que requerían. De haberlo deseado, tampoco hubiese podido apresurarse. No era en la calle hora de vía libre. En pleno estío que se estaba, la vecindad vivía fuera, al fresco de la calle. Era la propia gloria. Las adorantes flores del cercano jardín enviaban su vida, perfumándolo todo como en horas nupciales, para satisfacción de sus vecinos... Cuando el *Pintura* apareció, sólo a unos novios tuvo que saludar. Dormían los vecinos; hasta Juana *Corteza*. Unos en sillas, en butacas otros y algunos en el suelo, sobre colchones o sobre mantas. Parecían unos moros, con muebles *europcos*, descansando en un campo. Les importaba poco que se cortase el paso. Era la calle de ellos; de nadie más. Los transeuntes vecinos de otras calles, para pasar aquélla, se veían apurados. Culebreaban mucho, y en algunas ocasiones daban sus brincos... A poco se nos mata Manolito al dar un salto. No tuvo otro remedio, y él, aunque se mantenía sin moverse, iba bebido aquella noche.

A *Trueno* le debía Rosita Clara que Manolo llegase... Cuando bebieron cuanto habían querido en la taberna "El Cielo", varios de los amigos y el *Pintura* convinieron *correrla*. Esto, que lo hacían con frecuencia, surgió la vez aquella porque el *Pintura* habló con entusiasmo de una *gachí der to* que le quitaba el sueño. Tres días había vivido a su calor, y, al fin, había huido de su vera "por evitar un drama": por evitar que la *gachí* se colgase a una higuera, quitándose la vida, cuando supiese que el *Pintura* no la correspondía en su frenesí. La había chiflado, y antes que la paloma se lo creviese de una vez la abandonaba. No la vería más. Porque él quería a una: a su Rosita. Lo veía bien claro, entonces que llevaba tres días sin ir a su ventana... Hizo, al decir aquello, un ademán precipitado para marcharse de la reunión; pero ésta le detuvo. Los había intrigado con lo

de la *gachí*, y querían conocerla. No le insistieron mucho; se le propuso una juerguecita, y fué vencido. La juerga le gustaba más que el vino. Dos o tres se negaron — el *Coleta* entre ellos—, y los demás del grupo, campantes y garbosos, tornaron calle abajo, casa de la *gachí*...

Para ninguno de los juerguistas era desconocida. Era una pobre hembra, una infeliz pupila de casa libre humilde. No le sobran seducciones, y era, en cambio, ordinaria, zafia, desaprensiva y cínica. Agradaba su ver, porque la juventud—en ella algo cuidada todavía—y una carne muy blanca son cosas atrayentes. Por lo demás, tenía unos pechos exagerados, era un poquito patizamba y bizcaba, sin gracia, el ojo izquierdo. Pero cantaba como los ángeles. La llamaban, por esto, Luisa la *Pregonera*... Gracias a esta virtud, los compañeros del *Pintura* no rajaron a éste cuando se vieron defraudados. Todos iban creídos en que el *Pintura* había descubierto una reina maja, ¡y se encontraron con aquello! Mas se marcaba bien las *bule-rías*, los *tientos*, y el *fandangullo*, y esto salvó al *Pintura*. De todos modos había juerga.—“¡Bebía! ¡Los siglos!...” — Poco después ellos y unas mujeres, en un ambiente puerco, bebían y jaleaban...

En su apogeo la fiesta, la campanilla del portal alborotó. No quiso oír la gente joven. El *ama*, vieja que repelía, refunfuñando, pues habían llamado *sin desenzia*, abrió la puerta. Alegró su semblante. “¡Menúo señor yegaba con er *Coleta*!”, pensó la vieja, mientras le abría paso. Pero el *señor*, desconocido en aquella casa, antes de entrar quiso enterarse y se enteró de la clase de gente que ya había dentro. “¡Lo que él quería! Lo había guiado bien su acompañante...” También, antes de entrar, supo quién era la que al *Pintura* le agradaba. Con estos precedentes le dió unos duros a la *señora* y se plantó, decidido y sere-

no, en donde los demás se divertían. Tan grave fué el saludo, tan serio y bien silbado, que hasta la *Pregonera* se amedrentó. Se tragó una taranta a medio cantar. Los *tocaes* hicieron punto. Se acallaron las palmas. Y los amigos del *Pintura*, anonadados, no sabían qué decir ni qué creer. El, sin embargo: Manolo, en pie y bravío, se le quedó frente a frente, retando a Paco *Trueno* con los ojos. *Trueno*, burlón, haciendo caso omiso del *Pintura*, se dirigió a la *Pregonera*:

—Tú, salero, a la caye cormigo.

—¡Ezta!

—¡Eza!...

No replicó otra vez el ofendido. Con ira honda se desgarró un bolsillo de la chaqueta: ¡no tenía en él la faca!... Se contuvo... La *Pregonera*, satisfecha y locuaz, se acercó a Paco *Trueno*. No respiraba nadie. *Trueno* cogió a la Luisa y, fijo en el *Pintura*, con sorna y flemma, dijo:

—¡Guar que te quito ésta te quitaré la otra.

No supo hablar palabra el jaquetón. Alma, sangre y deseos se le reunieron en los ojos, clavados éstos horriblemente en los de *Trueno*. Este rió un momento y se fué a la calle con la *gachí* del guapo *enroscada* al brazo. Ella, tan satisfecha. “¡Era to un tfo de rumbo...” El tfo, no obstante, al retirarse de la casa, se la endilgó al *Coleta*, que iba oyendo, contento, de labios de don Paco lo que había sucedido. El, el *Coleta*, no entró, después de haber llevado a Paco *Trueno*, sabiendo a que iba éste, “porque temía que sus amigos le invitaran...” No quería juerga el hombre.

A esta escena difícil debió Rosita Clara el que Manolo fuese a verla. La amenaza de *Trueno*... “te quitaré la otra”... le puso alas. Quedó al principio petrificado, fiero dentro de sí, ansioso de matar. Hubiérase creído que en los ojos, enrojecidos por el vino y la rabia, había impreso el deseo con la sangre de *Trueno*... Le sosega-

ron los amigos, le hicieron que pensase..., calmando su fiebre; pero aun así le fué imposible continuar al lado de ellos. Los convenció respecto adonde iba, y le dejaron ir... No le impedía el mucho vino que corriese. Sólo anhelaba el verse al lado de ella: de su Rosita Clara. Hasta llegó a creer que se la hubiesen quitado ya. Desconfiar de ella no lo hacía; se la sabía hipnotizada. Pero creía capaz a Paco *Trucno* de quitársela recurriendo a maldades y a cien embustes.

Le fué un premio de Dios magnífico, sin precio, el llegar a la esquina de la calle del Carmen. Desde la esquina vió a su Rosa. “¡Aguardaba a su niño!...” Fué trastornado. Olvidó por completo lo sucedido. Recobró su majeza seria, grave y chulona: su aire de presunción. “¡No había nacido quien le tosiera!...” Camino hacia su novia, ya había dejado atrás su propia casa. Pudo ver, al pasar, que su vieja rezaba, con un Cristo en las manos, acurrucada en un rincón. Se conmovió, la envió una sonrisa, sin saludarla, y siguió su camino. “Tenía imán su chiquilla...” Próximo ya a Rosita, tembló lo suyo, cosa que le pasaba por vez primera. Y es que jamás la vió aguardarle con un gesto tan agrio y

una inquietud tan viva. No acertó a saludarla. Volvió a acordarse de Paco *Trucno*. “¡Será posible...!”

Las primeras palabras de su mo-rena le serenaron, con ser palabras de un disgusto rabioso. “Nada había allí de *Trucno*...” Todo lo que tenía era cariño loco.” Disgustada y furiosa porque se le acercaba a los tres días. “¡Bah...!” Allí de su muleta... Sinceramente alegre y conmovido le dió un pase de pecho: “Perdóname, nenita...” Después entró en faena, y acabó victorioso...

—Si te farto otra ve..., dame muerte tú misma.

—Mardesío, sierra er pico. ¿Me vi a matar yo misma?

—Tú, ni pensarlo; tú a mí.

—¿Y ónde te doy que no me pegue yo?

Crujió un beso valiente. Fué un beso cambiado, dos horas que rompieron un delirio, poniendo lumbre en una pasión. La vecina inmediata, dormida en su butaca, oiría y dijo con voz de sueño:

—¡Y no he sacao paragua!...

Rieron los novios... Nunca se habían sentido tan amantes. Aquella misma noche, ardientes, locos, convinieron la boda...

IV

No tardó la gitana en proclamarlo: “se casaba muy pronto con su Manolo de su vida...” Tampoco tardó en perderse, en encerrarse en su casita, francamente molesta con sus vecinos. Para ganarse el odio de una hembra enamorada de su novio basta con suplicarle: “No te cases con él...” Si, verdaderamente, la súplica es honrada, para la novia no lo es. Si es un truhán su novio, para ella no lo es. El amor no distingue; no es cuerdo ni es sensato. Es una cosa viva, palpitante en ceguera. Ni oye ni ve. Siente exclusivamente sólo lo que le halaga.

También era motivo de su encarcelamiento voluntario el propio Paco Trueno. Habían sucedido cosas extraordinarias en unos pocos días. Pero, a decir verdad, valiente ella por su amor al *Pintura*, no le temía a Trueno, ni le hubiese temido de haber sido el diablo. Lo que más la encerraba, porque sinceramente le dolía, era la estúpida actitud de sus vecinos. Hecha excepción de dos o tres—muchachas todas enamoradas como ella—, los demás elogiaban, favorecían a Paco Trueno. Los vecinos humildes, le llamaban *don Paco*... Rosa quería a todos los de su calle, como querían ellos a Rosa, y le dolió, hasta entristecerla, la oposición rotunda que halló en *los suyos*. ¡Nunca al *Pintura*!” “Hasta la muerte!”, contestaba. Para no

oir monsergas se retiró del trato de aquellas gentes. No se dejaba hablar. Salía bien poco, lo más preciso, y lo hacía de manera que nadie la paraba. La sabían tan entera, tan soberana en sus decisiones, que la veían pasar resuelta, seria, con manifiesto aire de enfado, y nadie se atrevía a salirle al frente. Sobre todo, después de lo ocurrido.

Los vecinos—con particularidad las madres—, no porque Rosa se encerrase y se opusiera a oirlas, se dejaron de hablar. Desde luego, desespranzadas se sentían. Se tenían por seguro que *se saldría con la suya* la chiquilla. Era un hecho la boda.

—¡Er mardezio der *Pintura* nos la va a desgraziá!...

Toda aquella familia de la calle del Carmen respondía, como siempre, a un mismo sentimiento: sentía como propia la desventura de Rosita. No murmuraban, pues, por murmurar: lo hacían lamentando, sintiendo el caso. Unos padres doloridos no hubiesen comentado con más cariño. Y es que, precisamente, no había en toda la calle mocita tan querida como Rosa. Arrebatada con su gracejo y con su franqueza de corazón. Y para colmo—cosa en que reparaba con más ternura toda la vecindad—se había criado y había quedado huérfana en la calle. Era la mimadilla.

Antes que Paco *Trueno* se diese a conocer como *esclavo* de Rosa, la calle entera se puso en ascuas contra el noviazgo del *Pintura*. También criado allí, era bien conocido. “¡Un tirao!...” Sin exageraciones conocían su vida: mujerzuelas y vino, chulería y maldad. “¡Un tirao!...” Tampoco ignoraba nadie lo que hacía con su vieja, la *tía Paca*, más santa que un milagro. Era lo suficiente... “¡Un tirao marde-zío!...” Nadie le hablaba. Parecía un extraño en su propia calle, en su propia casa. Así era ya el *Pintura* cuando hechizó a Rosita. Evitarlo quisieron; no se quiso en la calle que se formalizase aquel noviazgo; pero Rosita, terca en sí misma, le hizo tragar a todos aquello que reñían. “Chiquilla, que el *Pintura* es así, que el *Pintura* es asao, que el *Pintura* es tu muerte...” ¡Bah! “Envidia pura...” Repetía, en su defensa, palabras del *Pintura*. “Este tenía razón: envidia pura...” Rosa veía únicamente que le quería, que le soñaba; que era muy guapo; que la miraba y la enloquecía; que abría el pico y la subyugaba...; en fin, que era su hombre. ¿Que bebía? Todos lo hacen; y cuando se casara no bebería. “Lo demás que decían eran patrañas, inventos feos. ¡Envidia pura!...” Concluyó, desoyéndolo todo y contestando sin disgusto, por cansar a la gente. Un ser había a quien darle cuenta; se la dió, la aceptó, porque aceptaba cuanto quisiera ella, y asunto concluído. Era su heramno.

La vecindad, por consiguiente, sin que nunca dijese “me hallo conforme”, se olvidó del asunto. “¡Allá Rosita con el tirao!...” Pero se les presenta Paco *Trueno* cuando el noviazgo, ya olvidado, llevaba más de un año, y los vecinos vuelven a las andadas: a que el *Pintura* pereciese...

Trueno se presentó cierta mañana siguiendo a Rosa Clara. Vecinas a la puerta repararon en él, sin que al principio sospechasen... “Sería un transeunte.” Pero advirtieron que, al en-

trar Rosa Clara en su casita, cuya puerta cerró con notorio disgusto, el hombre se paró, pensativo, indeciso y hasta molesto por el portazo. Permaneció así unos minutos. Pronto se imaginaron qué era aquello: que había seguido a Rosa. Con tal motivo, en aquel instante, por conocer al hombre hubiesen dado un ojo de la cara.

—Parece un rey.

—¿No veis qué aniyos?

—¡Digo! Como que er braso en que los yeva le alarga más que el otro. ¡Le pesarán las piedras!

—¡Caya! Y no es feo.

—Mucho buche tié er pobre.

—Hija, que come bien.

—Eso zerá.

—También es chato, y será por zornarse demasio la narí. ¡Va mu relimpio!

Así hubieran seguido un año entero si no se agrega al punto a la reunión Juana Corteza. Iba leyendo un periódico, reparó en sus vecinas y se acercó a comunicarles “que en Melilla los moros hacían de las suyas”. Pero no la dejaron que siguiese. La hicieron que mirase a Paco *Trueno*; y acertaron, porque sabía quién era. “Lo conocía. Era don Paco *Trueno*. No se llamaba *Trueno*. Se le apodaba así porque tenía por costumbre, siendo obrero del puerto, el hacer cuanto hacía *soltando tacos*: maldiciendo. Era muy vago. Después, cuando la guerra, comprando hierro viejo se hizo de mucha plata, cosa que no fué lo bastante para privarle del apodo. Como vestía con mucho rumbo, gastaba al mismo tono y tenía coche, se había ganado el *don*. No era ya Paco *Trueno*, a secas; llevaba el *don* delante. Porque, además, tenía su butacón en el Casino. En fin, que era un señor. Dios hace cosas raras. Por entonces tenía varios negocios: vendía y compraba bestias, almacenaba grano para exportar, era *banquero* sin matrícula al veintidós por cierto y estaba vigi-

lante para ganar billetes en cuantas ocasiones le cayeran.”

—¿Pero es casao?

—Ya lo creo.

—¿Dices que sí?

—¡Digo! Pero es viudo..

—¡Acaba ya!...

Juana lo conocía como si fuera un primo suyo. “Cierta día leyó que don Francisco Trigo, *alia el Trucno*, andaba en líos con la Justicia por un raptó... No supo, por lo pronto, en qué acabó... Poco tiempo después volvió a leer lo mismo; pero por otro raptó...” Y tanto se picó la ilustre Juana, que le rogó a su esposo, sabiendo que los hombres se conocen, que la hiciera el favor de presentárselo. Ella quería conocer a un *tío* tan fresco. Y, ciertamente, una tarde, en el muelle, en ocasión que Juana iba a lucir su talle con su hombre. éste, viendo pasar a *Trucno*, lo señaló y le dijo: “Ahí lo llevas, costilla.” Ella se persignó. “¿Cómo se las valía, siendo un *tío* tan feo, para engañar a las muchachas?” Y el marido de Juana, complaciente—ejecutoria suya—le dijo a su señora, ce por be, quién había sido y era Paco *Trucno*.

—Cáyate, que se acerca.

—Salúdalo, Juaniya.

Y lo paró también, diciéndole don Paco. “¿Requisaba las casas para comprar alguna?” *Trucno*, gozoso y sonriente, sin proferir palabra, manifestó que agradecía el abordamiento, y mucho más aún cuando, al oír su nombre, se percató de que era conocido. Entre bromas y veras, las que le rodeaban consiguieron que hablase. Y él confesó de plano que la niña del 15—Rosita Clara—le había traído detrás con el juicio en peligro. Le alabaron el gusto, y él se *metió en harina*. Lo supo todo: quién era la muchacha, qué familia tenía y de quién era novia.

—Me alegro—dijo *Trucno*, enterado—; pero tendrá que despedirlo. Esa niña es pa mí.

—¿Pero...?

—Que esa será mi esposa.

—¡Ah!

Aún le alabaron más. “¡Digo!—pensaron todas con alegría—, Rosita esposa de él, de un *tío* tan rico!” Le quisieron sentar. Todas le daban silla. Pero *Trucno* se opuso porque era muy temprano. Sin embargo aceptaba para cuando volviese... La misma noche del mismo día, *Trucno* tenía por suyas todas las casas de la calle, menos la del *Pintura* y la de Rosa. Toda la vecindad, revuelta y convencida por la *Corteza*, recibió a Paco *Trucno* viva y profundamente afectuosa. *Trucno*, abrumado, respondió con largueza: proporcionó unos cuantos músicos y dió vino y pasteles sin reparo. En noches sucesivas no desmintió su rumbo: continuó lo mismo con aquellos vecinos, que dieron por seguro el casamiento de don Paco con Rosita. Y ésta, advertida, con el *Pintura* en la ventana, se burlaba de *Trucno*; se divertía a su costa. La figura grotesca, rechoncha y baja de Paco *Trucno* hacía las veces, para Rosita, de un payaso infeliz.

Sin embargo, el rechoncho, como excelente intruso, no iba a dar buenos ratos sin dar alguno malo. El primero lo dió cuando Miguel, el hermano de Rosa, por la *Corteza* supo que la seguía a sol y a sombra Paco *Trucno*. Y éste, para Miguel, era un tipo maldito. Conocía sus raptos, a base de pesetas, y, aunque fiase él en su hermana, pensó que, al menos, podría molestarla. Se exasperó y se juró ahuyentarle de la calle. Pero, enterada Rosa, le supo disuadir. Hacía con su Miguel lo que quería. También, desde un principio, quiso que Manolito no fuese novio de su hermana; pero ésta le venció. Miguel llegó a pensar como Rosita: que el *Pintura*, casado, sería un hombre modelo. Con el intruso dijo: “Que a ti te importe ese lo que me importa a mí”, y así quedó pactado: Miguel desentendióse del raptó.

Sólo la hembra gitana, dulce como

divina, sabe lo que sufrió hasta oírle al hermano "que dejaría a *Trueno* como cosa perdida". Sin temores crueles y conociendo ya, como sabía, que se casaba pronto, dióse de lleno, optimista y vibrante, a los encantos de sus horas, todas felices. Era su fantasía, sus nervios y su sangre un nacimiento claro de bellezas profundas, de éxtasis infinito.

Sola, en su reja, llenos de luna sus ojos negros, esperaba al *Pintura*. Nadie más en su casa, pues su Miguel había salido. Lo de todos los días en plena calle: todos al fresco. Y entre varias mujeres, a una puerta sentado, el pimpante don Paco. Ella, Rosita, dulce en medio de un mundo del pensamiento, vivía en su propia alma. Ni oía ni veía... Así, Rosita Clara de repente dió un grito ahogadamente agudo: la habían asustado. Casi al oído, con voz brutal, la dijo Paco *Trueno*:

—Usted es pa mí, salá...

Erguida y firme, fijó en él sus mi-

radas, fieras y deslumbrantes, como contestación. Imponía la chiquilla. Muchos vecinos, boquiabiertos y alegres, miraban a la reja. Todo lo presentían arreglado... Pero el galán obeso, lleno de alhajas y de viento, ante los ojos de ella había quedado frío y sin palabras. Para bravura, pues, una mirada loca de mujer soberana... Al fin, Rosita, cansada de aguardar, para dar su respuesta, manifestó su asco y se retiró. A la par, los vecinos, horrorizados, corriendo algunos para atrapar al que llegaba cuchillo en mano, le gritaban a *Trueno*:

—¡Don Paco, que lo matan!

—¡Que lo matan, don Paco!

Pero don Paco, enamorado de su vida, sin acordarse para nada de su pesado abdomen, corrió como una liebre. "Graciosamente no le mataban..." Quedó todo en carreras, sustos y tropezones. Después, alta la noche y todo en paz, volvían los novios a repetir-se... "nos casamos muy pronto". No mataría el *Pintura* a nadie...

V

Ver un cuchillo, con deseos de matar, a dos dedos de uno, aunque nadie lo crea, es un asunto serio. Al menos Paco *Trueno* lo creía. También había creído, y seguía creyendo, que los jaques chillones son como los perros cortijeros: que ladran sin morder. Pero había que admitir—se dijo el hombre—una que otra excepción. El *Pin-*

tura mordía. "Sobre todo, si rabia..." Comprendiéndolo así, sin ver ni desear otra razón que la que da un cuchillo..., abandonó su empeño: no entró más en la calle donde quisieron verle las tripas. Era una cosa fea...

Transcurrió tiempo. Cierta día se encontró con el *Coleta*; recordó con nostalgia la cara de Rosita, se conmo-

vió de envidia, quiso saber de ella e interrogó discretamente. No olvidaba el cuchillo, cosa que hacía discreto al más babieca. Más que anhelaba supo, porque el *Coleta*, agradecido, no tuvo inconveniente en decirlo todo: cuanto ocurría y ocurrió... “Merecía don Paco aquello y algo más. ¡Era un tío que pagaba...!” Hizo una hombrada con el *Coleta*: lo encontró en un paseo más solo y aburrido que un difunto, se lo enganchó a su brazo, le dijo que era un *Gucrra* y lo condujo a una taberna— a la propia de *marras*, donde ya *los Pinturas* no se reunían. Recordando *sus tiempos*, quiso el *Coleta* sentarse como entonces: en plena calle; y así lo hicieron don Paco y él. Pero— ¡“viva mi vía!”—no le sirvieron *pelcón*: les sirvieron del fino, manzanilla en botella... Cuando pidió don Paco: —“na de chatos, muchacho: una boteya y medio jamón...”—estornudó el *Coleta*. El susto lo enfrió...

Chato que sube y *chato* que baja, *Trueno* le oyó al *Coleta* cuanto el *Coleta*, como vecino del *Pintura*, sabía y dijo... “Lo del cuchillo—se estremeció don Paco... —cayó como una bomba... No lo aprobó ningún vecino. Menos aún, cuando toda la calle estaba dispuesta a que don Paco se casase con Rosita. Y se hubiera casado si don Paco persiste, porque todos querían; y hubiera habido quien acabara con el *Pintura*. Pero, don Paco se perdió... Atribulada la vecindad, dejó de hablarse hasta con Rosita, siendo la más querida y la más cañí. Ella lo quiso, con ponerse tan tonta... Por ella únicamente fueron a asesinar a un caballero...”

Esta vez, Paco *Trueno* le suplicó al *Coleta* que no mentase más lo del cuchillo, porque le daban ganas todavía, recordando la acción, de freírle al *Pintura* las entrañas. —“Cosa santa sería”—le contestaron: y siguió el *Coleta* su narración, obedeciendo a don Paco.

“Pocos días después cayó enferma

— *mu mala* — la madre del *Pintura*. Como ocurriese lo que ocurriera se querían en la calle hasta los gatos, y el que más y el que menos tenía su corazón hecho de almíbar, con el motivo aquel se hablaron todos y se olvidó el disgusto. Hasta el *Pintura* se hizo querer, porque lloraba la enfermedad. Y el hombre, enternecido, le agradecía a sus vecinas el que cuidasen de su madre, a la par que Rosita. Unas que la velaban; otras que la llevaban una taza de caldo...; detalles de cariño. Y mejoró la vieja.

—Si yo me entero—dijo entonces don Paco—no se quea er *Pintura* sin mi alivio...

—¡Don Paco, er cormo! Usté tié un corazón que es una Hermana de Cariá.

—Grasía. Pero sigue contando...

“Mejorada la pobre, con la alegría se adelantó cuanto se pudo la boda de los niños. Y se casaron. —“¡No quiera usté sabé...!” La boda fué *revolucionaria*. Media ciudad cayó en la calle, para ver a la novia. —“¡Dios mío, qué virgen!” Le tiraban los besos “como le tiran puros a los toreros”. A él también, las mujeres, le dedicaban flores. Y es que los dos, con las ropas de boda, parecían “dos faroles”...—Para el *Coleta*, nada más seductor, retrechero y gracioso que un *farol* de capote, sandunguero y ceñido. Para don Paco, tembloroso de envidia, lo del *farol* fué una *tontá*. Se presumía a Rosita, en su día de boda, virgen sobre unas andas para alegrar el cielo. Y le rogó al *Coleta* que siguiese...

“Ya es triste casi todo... La boda fué un encanto. Hubo gracia y contento, derroche y rumbo. Y, sobre todo, que el hermano de Rosa, durante el baile, se declaró... Lo deseaba la calle entera. Fué lo mejor del baile... Pero a los pocos días, la madre del *Pintura* que recae; y recae de manera que al día siguiente muere. Lloraron en la calle hasta las piedras. Mas, hay

que vivir, y, creyéndolo así, se calmaron los ánimos. “No pudo hacerse más, porque, como llorar, lloraron todos, y el muerto fué enterrado...” Continuó la vida, todos tranquilos y animosos. Miguel, casada ya su hermana y dedicada ésta por entero a su *Pintura*—trabajador entonces y tierno como el agua—, se decidió también el matrimonio. Su hermana, con Manolo, se fué a la casa de éste, a la que había habitado viviéndole la madre. Y se quedó el soltero en la que había vivido toda su vida. La puso a gusto suyo, sencillamente alegre, y estuvo poco tiempo sin abrigo... Se casó. Como tributo a la difunta se hizo la boda sin bullicio.

—Con que, don Paco, pa dos meses va ya que er cuñado der *Pintura* es yerno mío.

—¡ Arrea ! ; Hombre, y no lo he sabio ! Si me entero, arde er mundo ; le regalo la casa a tu chiquiya.

—Si ese es su gusto, se puén casá otra ve.

Trucno se tuvo que reír. Pero, se recogió en seguida. Estaba intrigadísimo. Le importaba Rosita ; cómo seguía Rosita. Lo sentía más que nunca : lo había chiflado. ¡ Sabe Dios—se decía—que la dejé por el cuchillo ! Pero sin olvidarla. Y oyendo hablar de ella, con todo lo que oyó y el *manzanilla* bebido ya, la deseaba ansiosamente. Hubiese dado entonces media vida sólo por verla sonreír. Pidió, pues, que el *Coleta* continuase hablando de la gitana.

—¡ No quiera esté sabé !...

“Había vuelto el *Pintura* a la bebida. Desde hacía pocos días, rara era la noche que no salía de casa, regresando borracho. La calle entera se hace cruces. Le creían redimido, cuando le ven que vuelve a su mala vida. Y en todos la sorpresa hacía renacer, contra Manolo, los enconos de siempre. Le saludaban a viva fuerza, compadeciendo a la mujer, criatura que seguía “más gustosa que el vino”. A

ésta se le advertía, aunque haciase *mico* por ocultarlo, que el cambio del *Pintura* la tenía preocupada, triste de corazón. Y, desde luego, con más razón que un santo. No se sabía por qué ; pero no era un misterio : la había bofetado varias veces, con vino encima, el *asaura* del marido.”

—¡ Habrá malage !—sin poder contenerse dijo don Paco—. No obstante, al terminar la frase, una sonrisa imbécil le reanimó la cara.

—Yo sé que le ha pegao—siguió diciendo el *astro*—, por mi yerno. Supo que su cuñado martrataba a su hermana ; le dijo a ésta que le dijera si era verdá, pa arreglá la cuestión ; pero la niña, cuadrá mejó que un bicho, le contestó a mi yerno : —“no te surfures tú, que ér manda en mí...”

—Oye, *Coleta*—dijo, nervioso, Paco *Trucno*, sin desviar la vista, mirando con fijeza a un hombre joven que subía la calle—, ¿ no es er *Pintura* ese que sube?...

Como *Trucno*, el *Coleta* miró y, pasado un momento, reconoció al *Pintura*. Había anochecido, venía distante aún el guapo mozo, y no era cosa fácil conocerle. Pero el *Coleta* le conocía sólo en el movimiento de los brazos. Lo aseguró : era el *Pintura*. *Trucno* y él se quedaron, sin decirse palabra, más pensativos que dos perros ancianos. Cada cual por su lado, en su fuero interno, recordaban lo mismo : la escena del cuchillo. El frío de la noche—un frío de invierno crudo—lo sintieron los hombres por vez primera. El *manzanilla*, por lo visto, les retiró el abrigo que les prestaba. Dieron diente con diente viendo al *Pintura* a cuatro pasos.

Fué un momento horroroso, que concluyó en fruición. Sin fijarse el *Pintura* en el que había vuelto de espalda, se aproximó al *Coleta*, jacareo y amable. El *astro* le invitó. Y Paco *Trucno*, entonces, jugándose la última, repitió las palabras del *Coleta* : —“Manolo, un chato...” Conforme lo

decía lo alargaba. El *Pintura*, extrañado, fijo ya en Paco *Trueno*, sin inquietarse ni con enfado, aceptó. Pocas palabras y un estrechón de manos. Había que olvidar lo que pasó. Todos los hombres tenían pecados que perdonarse. Ellos, bebiendo, borraban el pasado y se hacía amigos."

—¡Otra boteya!—gritó don Paco.

El *manzanilla*, entonces para tres, volvía a calentar. Al calor de su lumbrera no había penas ni frío.

Un alma santa, en cambio, horas después, reclinada de codos sobre los hierros curvos de su reja, entumecida y triste tiritaba. El frío hace como el sol: que no distingue. Y hacía un frío intenso, penetrante, cruel. No había nadie en la calle. Ni una puerta entreabierta. Ni una ventana con claridad. Ni un rumor... Un silencio de muerte. Y como ésta, como un sueño eterno, negra la noche... Sólo se oía el tiritar de Rosa; y no había en el mundo, en aquel mundo chico de la calle del Carmen, otra luz que brillara que la luz bruja y viva de los ojos de Rosa. Ni las estrellas querían lucir. De cuando en cuando un relámpago pobre clareaba la calle. A esta luz endiablada se le veía el rostro a Rosita: parecía la imagen de un cadáver divino.

Un sobresalto. Hacia su izquierda, junto a la esquina de la calle, vio la sombra de un hombre. Al pronto se creyó que era Manolo, y esto fué su respingo. No es que le vio la cara; pero es que conocía a su marido hasta en la sombra. Y aquel no era. Pero intrigóse un poco: la sombra del que fuese se mecía bastante, sin avanzar un paso. "Un hombre—pensó Rosita—que no sabe si tomar o dejar la calle esta..." Sin miedo alguno, apartando a vista del fantasma, continuó como se hallaba momentos antes: orando

por su hombre. ¡Ni a cenar había ido!

La sombra inquieta, al fin, entró en la calle. No vacilaba absurdamente, por capricho; es que la calle, en su comienzo, tenía una leve rampa, difícil de subir en el estado en que él llegaba. El pobrecito traía un lastre encima demasiado movable. Sin embargo, era bravo: su nave no se hundía. Apretó vivamente y saltó el escollo. Al parecer, sudó. Al hallarse en lo plano se resbaló una mano por la frente, para después sacudir los dedos, diciéndose: "pueo con to..." Con la presteza que podía, dibujando arabescos conforme andaba, tomó calle adelante. Iba runroneando...: "soy más flamenco que un cura cantao..." Pensada y graciosamente, con los brazos, se toreaba por verónicas. "No ha nacido toavía un toro pa este niño."

Oyó que le llamaban: —"¡vesino, vesino...!" y él entendió, porque, risueño, dijo: —"no hay de qué..." que le habían gritado: "¡eso es toreo!" Pero le hablaron nuevamente, miró y dejó su sueño.

—¿Eres tú, prenda mía...? Dime, ¿ónde está mi casa?...

No estaba Rosa para pamplinas. Le suplicó al *Coleta*, y le exigió después, que le dijese si había visto a su esposo.

—¡Digo! Y lo he besao por bueno.

Loca de pena y de coraje, oyó que su *Pintura*, unido a Paco *Trueno*, se había ido *de niñas*.

—¿Has oído, mi prenda? Son de los míos...

Las últimas palabras fueron oídas por la reja. Rosita Clara, idiotizada por el dolor, había desaparecido. Ni el *Coleta* sintió el cierre de la ventana. Fué echado en un silencio de manos espantadas, de corazón lleno de miedo.

VI

Ahora se murmuraba—justo es decirlo, sintiéndolo por ella—: “es verdad, no ha caído; pero está en el camino...” Ella, Rosita Clara, sabía lo que pensaban sus vecinas, y reía buenamente. Al principio, indignada, dió explicaciones, y contestó ciertas reticencias con toda la bravura, honrada y honda de su sangre. Pero se convenció de que la gente se cree a sí misma antes que oír a otros de quienes sea la razón. Por consiguiente, para no pelear y que el martirio no la comiese, se dió en reír; en reírse de veras de lo que murmuraban sus vecinos.

La entristecía de vez en cuando, sólo cuando pensaba en su Miguel. Le constaba a Rosita que su hermano sufría horrorosamente con cuanto sucedía. Era, como Rosita, un resignado; pero, más suspicaz o alma menos serena ante los dolores que la de ella, padecía lo infinito. Si la resolución, clara y alegre, de lo que sucedía hubiera consistido en deshacerse del *Pintura*, en matarle, Miguel hacía tiempo bastante que le hubiese matado. Porque, en verdad, no había otro culpable. Pero, si le mataba, la perdición de todos era un hecho. “¡Pobre hermanita!” “¡Pobre esposa la suya!...”

No había otro culpable. En su casa se hacía lo que él mandaba. Todo era suyo, del jaquetón de puertas para

adentro: mujer y casa. Lo decía muy a menudo, y lo repetía su propia esposa. Esta creía en él, por un amor extraño, que no quería explicarse. La diese besos o la matase, quería profundamente a su *Pintura*: “¡Era tan guapo!...” “¡La enloquecía tanto con un guiño!...” Mas, sobre todo, que sin su esposo nunca hubiese tenido lo que tenía; su “guillamiento”, su “locura”: un nene morenazo, un hijo más hermoso “que el sol, que las estrellas, que el mismo Dios...” Cuando veíala alguien con él en brazos palidecía de envidia. Era un cuadro sublime.

Pero la gente ataba cabos, hacía sus cuentas con los números falsos de la imaginación, y veían caída..., para un plazo cercano, a la gitana enamorada. Las más desaprensivas o ligeras de lengua, proclamaban: “tanto asco de siempre, y ahora pidiendo a voces lo que debió querer a tiempo...” Porque el afortunado que había por medio era don Paco *Trueno*. “Le había tocado el *gordo*...!”

Desde hacía tiempo era visita del *Pintura*. Lo quiso el *Pintura* mismo. Le demostraba así que no tenía con él resentimiento alguno. Y *Trueno*, por su parte, en la ocasión primera, le demostró también que se había olvidado del cuchillo: le apadrinó al bebé...

Hasta entonces no consiguió el *Pintura* que su mujer alegrase el rostro cuando llegaba *Trueno*. Mucho la maltrató, porque exigía que se hiciese lo que él mandaba; pero Rosita, acostumbrada a no fingir, aborrecía a *gordinflón*, y lo manifestaba. Pero, la puso su criatura, su hijito bello, apenas vino al mundo, tan chiflada, que al demonio que fuese, si le hacía alguna fiesta, la madre lo acogía con voluntad. *Trueno*, pues, en padrino, se portó como era, derrochador, rumboso, y tuvo lo bastante. En casa del *Pintura*, éste estuviese o no, siempre había una silla para el padrino. Creyó la esposa, como su hombre, que era todo un señor don Paco *Trueno*.

“Ya no pensaba en ella...” “No iba detrás de ella...” “Era el padrino y el caballero...” Alguna que otra vez pensaba así Rosita; cuando las indirectas de la gente se hacían muy pesadas. La había dicho el *Coleta* varias veces: prenda, no seas chalá; déjalo que se arrime, que te camela. To los días me lo dise...” —“No era posible”—creía la divina—. “Bromas de mi vecino... Porque si fuese como el *Coleta* dice, él, su compadre, que la veía a solas todos los días, y que podía verla cuanto quisiese, se hubiera declarado. ¿No lo hizo ya, siendo soltera ella? ¿Por qué no repetía si pensaba lo mismo ... ¡Bah! Es un señor... Bromas de mi vecino...” Ni una duda en su mente: *Trueno* no la quería.

Trueno, entre tanto, la quería más que nunca. Pero que le absorbía la muchacha. No era un deseo de carne. Se lo decía al *Coleta*, su confidente retribuido: “la quiero para mí, para toda la vida”. Era lo que él decía: “no afea ni la muerte a esta criatura”. Casada y maltratada se mantenía fascinadora. —“Es una virgen de madera...”—agregaba el *Coleta*.

Por cariño a Rosita, comprendió Paco *Trueno* que su amigo el *Pintura* producía repugnancia. “Si hubiera sido suya; si fuera suya, ni Dios la ve-

ría sola...” Soportaba al chulapo, por tener expedito el acercarse a ella. Disfrutaba a su lado; vivía emociones de almas honradas, que jamás conoció. Hacía ella de él un hombre nuevo. “¿No era el delirio ver y oír a Rosita?” Y no pasaba un día que no la viese. Tan iba a ver ella, “a su comadre”, que caía siempre en casa cuando sabía que estaba sola. Un rato de palique, ciertas fiestas al nene burdas y sosas, que ella reía, y al medio de la calle. Ni en broma se atrevía a decirle algo... “¡Lo emocionaba tan hondamente!...”

Se sabía; lo había manifestado: “Rosa sería suya”. Se hallaba decidido. No le temía a nadie. “¡Que el *Pintura*, después, le tosiese siquiera!...” “Ella—pensaba el hombre—caerá. Ni el hierro se resiste a la constancia...” Para que ella supiese que la quería, si es que no era bastante su visita diaria, tenía al *Coleta*. De éste esperaba mucho. El, en persona, no era capaz. “¡Era un raptó difícil!...” También fiaba mucho del propio esposo; la pepaba a diario, porque diariamente se emborrachaba. No tenía él con qué; pero “el compadre”, adrede, le daba vino, cuanto quisiera. No le herían, ni le enfadaban, los golpes que el *Pintura* le daba a su mujer, porque creía que ésta terminaría odiándole. “Ni a los osos le gustan las palizas...” No decía mal.

Tampoco es agradable para nadie la situación desesperada de Rosita. Los golpes no eran nada... Llevaba una semana que comía por su hermano Miguel. Su adorado tormento, su *Pintura* del alma, llevaba un par de meses sin trabajo. Todos los días salía en busca de él, según manifestaba; pero volvía de noche, con la curda amasada y las manos inquietas. Rosa, su hembra, llena de rabia resignada, sin quejarse ante nadie, fué empeñando y vendiendo, para ellos dos un poco; pero más por el nene, que ya—decía ella, plena de orgullo—“comía so-

pitadas...” Más por el nene que por ellos, al fin, sin nada que empeñar, le suplicó al hermano la comida.

Decía el *Pintura* y reía su hembra: “vivo una casa desarquilá...” Con tres sillas de anea, varios tientos de flores, una mesa de pino, un colchón para ellos, la cunita del hijo y otras cosillas más, cuando no había paliza, parecía feliz el matrimonio. La escasez de alimento la suplían con amor. Se besaban con furia. Pero estas expansiones quedaban para ellos. Para la vecindad y para *Trueno*, en el hogar *desarquilado* sólo había hambre y golpes. *Trueno*, por ella, se dolía del cuadro; pero callaba, no ofrecía nada, consentía la miseria, para que ésta también—porque es muy generosa... —le prestase su ayuda. “Rosa sería suya”...

Como tenía por costumbre, *Trueno*, cierta mañana, llegó a la puerta de su comadre y dijo, viendo abierta una hoja:

—¿Hay una siya pa er compadre?...

Nadie le respondió, que no era lo corriente. Dió un paso más, inclinó la cabeza buscando a “su comadre”: y la vió arrinconada. Tenía al hijo sobre el regazo. Se lo comía. Pero sus ojos, a la par, manaban lágrimas abundantes. Suspiraba, además, con dolor que mataba.

—Vamos, comadre—dijo, al fin, *Paco Trueno*, a dos pasos de Rosa, después de conseguir deshacerse una angustia—, ¿qué sucece pa esa pena?... No me asuste usted ar niño...

—¡Me lo ha querido matá ese mardesío!...

Siguió un silencio. Ella continuó comiéndose a su nene. El, *Paco Trueno*, recibió una alegría íntima, infinita, con las palabras de Rosita. Era la vez primera que la veía quejarse de su marido. Y lo había observado: tenía odio en los ojos... Sin previa invitación, sentóse al lado de ella.

—¡Ea!, comadre, no sea tonta. ¿Qué ha pasao?

Soberana sorpresa: todo se lo con-

tabá la comadre. Nunca hizo cosa semejante, tratándose del esposo. “¡Se le ponía a tiro!...” Con emoción que nunca olvidaría, oyo a Rosita...

—Compadre, me lo ha querido mata. ¡Un tiro le den a ér, que no diga ni “ay”!... Y to porque le he dicho: “mira, Manolo, busca trabajo, que como er niño pase farta te orvío pa siempre.” ¡Y er ladrón rebañao me lo quería quitá, pa estreyarlo en er suelo!...—zarandeando al hijo, haciéndole fiestas, sin dejar de llorar. Pero reía el niño, que es lo que ella quería. —¡Con er tesoro que vale esto! ¡Lusero de mi vida! Salao de mi arma! ¡Un carro piye a tu padre por er gaznae!

—¿Y ónde está ér, comadre?

—Se acaba de marchá. ¡Ay!, si no se va lo hago tiriyas. ¡Ladrón!...

—Miusté, comadre...

Comprendió la comadre que iba a oír algo serio, de innegable importancia, y serenóse cuanto pudo. Quería oír aquello. Temblaba su compadre. No la miraba frente a frente. “Algo muy grave era...” Habló, al fin, *Paco Trueno*, al principio con miedo; mas, después, viendo que su comadre olvidaba el llanto y sonreía, habló con entusiasmo, como quien tiene al mundo por suyo.

Dió cuanto quiso decir. Se desahogó a sus anchas. “Aquello no era vida. Lo que sufría su comadre era un suplicio intolerable. Miseria, golpes, desprecios... Todo lo que eligieron, al hacer el reparto en la construcción del mundo, para las bestias. ¡Aquello no era vida! El no había respirado; se había cocido en el alma cuanto sentía, viendo los sufrimientos de su comadre—“que, dicho sea de paso, me tié usted... que tiritó”—, por, si al hablarla, hería sin querer. Pero, aunque hiriera, aunque asesinara, no seguía ni un día más... Podía tener su comadre cuanto quisiera. Había quien la tendría “con más postín que los duques”. Lo que se merecía; no palizas y ham-

bre. Perlas, brillantes, sedas y coches... "cuanto le dé la gana y muchos billetes". El, su compadre del alma, la quería con ceguera, para que sólo fuese suya toda la vida. Todo él, cuanto valía y tenía, era de su comadre.

—Es desí, y der niño, que lo quiero como a usté.

—¿Qué ha dicho usté, compadre? ¿Es verdá eso? ¿Pa mi hijo to lo de usté?

—¡Y más que gane, comadre mía!

—¡Bendita sea su arma! ¡Digo!, to pa mi nene. ¡Rico mi hijo!

Habíanse levantado ella y él. Rosita, delirante, mordía y besaba a su hijito dulce. Nadie más la abstraía. El, entre tanto, fijo en *su prenda*, apetitosa como la fruta, le devolvía a la madre, con toda la pasión de unas ve-

nas ardientes, los muchos besos que ella rompía en su hijo. Pero los devolvía, pesaroso, con la imaginación... "¡Había triunfado!"

¡Ay!, compadre—volvió a decir Rosita—, ¡bendita sea su arma! Lo quieo to pa mi nene.

—Pero pa usté primero...

Con extrañeza que era desdén y picardía.

—¿Pa mí...? Si a mí se sobra to...

—¡Comadre de mi arma!...

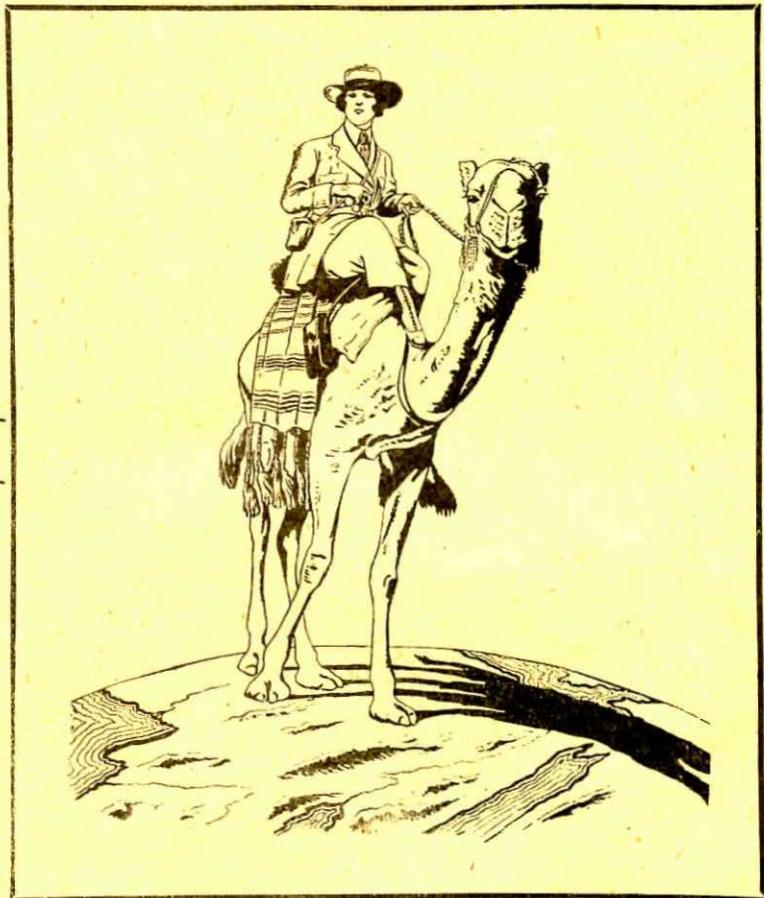
—Como le digo. ¡Tengo un *Pintura* que vale un mundo! ¿No lo sabía usté?...

"¡No lo sabía el hombre, ni lo quería saber! Lleno de rabia salió a la calle, dispuesto a no dejar que *se lo crea una moñosa*. Bufando se perdió. Rato después, aún seguía riendo Rosita Clara.

Jose Téllez Moreno

LEA USTED LOS SABADOS

Alrededor del Mundo



Es la revista ilustrada que más lectura trae y más
variada información.

PRECIO DEL NÚMERO: _____ 40 CENTIMOS

EL GRAN SEMANARIO TAURINO

“SANGRE Y ARENA”

cuyo éxito no tiene precedentes en los
anales de la Prensa taurina española,
publica en todos sus números, editados
lujosamente, las mejores crónicas de
: : ilustres críticos taurinos : :

“SANGRE Y ARENA”

es el semanario nacional que prefieren
los aficionados, por su imparcialidad
: : y seriedad : :

*Colaboración de los mejores literatos;
profusión de fotografías, planas
y dobles planas a tricolor*

Precio: 40 cént

B. Dip. Almería
AL-821-TEL-ros



1024181



Agua RADIUM

MARAVILLOSA TINTURA PARA EL PIEL

Con una sola aplicación se logran
mañices naturales y permanentes.

CORTES HERMANOS

BARCELONA

Biblioteca Novelesco-Científica

TRES NOVELAS NUEVAS CADA AÑO DEL
"CORONEL IGNOTUS"
el gran novelista y americanófilo cantor de
nuestra raza
tendida del Pirineo a los Andes

Éxitos desconocidos
75 volúmenes en cuatro años.

OBRAS PUBLICADAS

Ilustradas, Mucha lectura, Emoción,
Fantasía, Interés, Amenísima cultura, Patrio-
tismo, Moralidad.

- | | |
|----------------------------------|----------------------------------|
| I.—De los Andes
al Cielo. | VII.—Los Vengado-
res |
| II.—Del Océano a
Venus. | VIII.—Policía tele-
gráfica. |
| III.—El Mundo Ve-
nusiano. | IX.—Los modernos
prometeos. |
| IV.—Mundo-Luz. | X.—Los Naufragos
del Glaciar. |
| V.—El Mundo Som-
bra. | XI.—Ana Battori. |
| VI.—El amor en el
siglo cien. | XII.—El Guardián
de la Paz. |

I a X: 4 pesetas ·· XI y XII: 3 pesetas

OTRO ÉXITO DE IGNOTUS

Modernas brujerías de la Ciencia.—6 pesetas

A los lectores de este periódico que las pidan a
la Administración de este periódico, Martín de
los Heros, 65, les serán servidas estas obras en
España o en América.



Suscripción y venta de Al-
rededor del Mundo y Los
Contemporáneos en Bar-
celona.

D. Francisco Gallardo
KIOSCO "EL SOL"

Rambla de los Estudios

PARA BUENOS IMPRESOS

:-: Y SELLOS CAUCHO :-:

Manuel López Ortega (hijos)

Encomienda, 20 duplicado

MADRID

Gran rapidez

Fundición diaria

SARNA (ROÑA)

Cúrase en diez minutos con el acreditado
SULFURETO CABALLERO

De venta en Farmacias y Droguerías
y en el Laboratorio del Autor
Asalto, 36, Farmacia.—BARCELONA
¡Desconfiad de las imitaciones!